

Transición de Poder Mundial y Guerra Mundial Híbrida.

Principales focos y frentes de un conflicto mundial y las relaciones entre Estados Unidos, China y América Latina

Global Power Transition and Hybrid World War.

*Main focal points and fronts of a global conflict and the relationships
between the United States, China, and Latin America*

Por Gabriel E. Merino*

Fecha de Recepción: 01 de junio de 2024.

Fecha de Aceptación: 05 de septiembre de 2024.

RESUMEN

Este artículo de investigación aborda la transformación del sistema mundial, cuya transición ha ingresado en una etapa de ‘caos sistémico’, destacando el declive del dominio occidental, el ascenso de nuevas potencias como China y las encrucijadas que plantea este escenario para América Latina. Este cambio profundo se traduce en tensiones geopolíticas y geoestratégicas, como la guerra en Ucrania, en Gaza, las tensiones en Taiwán y la rivalidad entre los Estados Unidos y China. Esta rivalidad es una clave fundamental si analizamos la puja a nivel interestatal, pero en realidad está expresando procesos más amplios, que involucra a múltiples actores y fuerzas sociales emergentes. El texto introduce el concepto de

Guerra Mundial Híbrida (GMH) para describir y analizar el conflicto multifacético actual, donde la confrontación no se limita a lo militar, sino que incluye dimensiones económicas, informativas y tecnológicas, a la vez que es clave ver cómo operan las múltiples escalas en cada escenario, así como observar la nueva dinámica multipolar. La narrativa predominante de una ‘Nueva Guerra Fría’ es criticada en el artículo por ser un concepto anacrónico e insuficiente para analizar la complejidad del escenario actual. En esta narrativa, América Latina se presenta como un ‘territorio en disputa’, pero en realidad la contradicción central de la etapa para la región es entre constituirse como un polo emergente con autonomía relativa en un mundo multipolar o mantenerse

* Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología. Se desempeña como Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con lugar de trabajo en el Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, en el Centro de Investigaciones Socio Históricas y en el Centro de Investigaciones Geográficas. Correo electrónico: gabriel.merino23@gmail.com

como el “patio trasero” del Occidente geopolítico en declive relativo. Esto abre otra perspectiva para analizar como la GMH atraviesa a la región.

Palabras clave: *Transición de Poder Mundial, Guerra Mundial Híbrida, Conflictos, Rivalidad Estados Unidos, China, América Latina.*

ABSTRACT

This research article addresses the transformation of the global system, which has entered a stage of ‘systemic chaos,’ highlighting the decline of Western dominance, the rise of new powers such as China, and the crossroads this scenario poses for Latin America. This profound shift manifests in geopolitical and geostrategic tensions, such as the war in Ukraine, Gaza, tensions in Taiwan, and the rivalry between the United States and China. This rivalry is a fundamental key when analyzing the interstate struggle, but in reality, it expresses broader processes involving multiple actors and emerging social forces. The text introduces the concept of Hybrid World War (HWW) to describe and analyze the current multifaceted conflict, where confrontation is not limited to the military but also includes economic, informational, and technological dimensions. It is also crucial to observe how multiple scales operate in each scenario and to recognize the new multipolar dynamics. The predominant narrative of a ‘New Cold War’ is criticized in the article for being an outdated and insufficient concept to analyze the complexity of the current scenario. In this narrative, Latin America is presented as a ‘disputed territory,’ but in reality, the central contradiction of this stage for the region is between becoming an emerging pole with relative autonomy in a multipolar world or remaining the “backyard” of a geopolitically declining West. This opens up another perspective to analyze how the HWW affects the region.

Keywords: *World Power Transition, Hybrid World War, Conflicts, US-China rivalry, Latin America.*

Introducción

“La era del dominio global de Occidente ha llegado a su fin” afirmó Josep Borrell (2024), el jefe de la política exterior de la Unión Europea en febrero de 2024. Este reconocimiento de una realidad difícil de refutar, plantea para las elites occidentales una dramática pregunta: ¿qué hacer frente a ello? “Si bien esto se ha entendido teóricamente, no siempre hemos sacado todas las conclusiones prácticas de esta nueva realidad”, afirma Borrell en su texto. Se podría contestar que, en realidad, desde el Occidente geopolítico expresado en la OTAN, cada vez se llevan adelante más acciones e ‘iniciativas estratégicas’ para frenar las tendencias que explican su declive relativo e intentar ‘contener’ a los poderes emergentes, donde se destaca China y los países de los BRICS+. Estas acciones e iniciativas, contradictoriamente y bajo profundas discusiones políticas, se articulan para dar lugar a lo que algunos denominan una *Nueva Guerra Fría*, que preferimos conceptualizar como una *Guerra Mundial Híbrida* (en adelante, GMH) (Merino, 2023).

El problema, que implícitamente Borrell también admite, es que dicho accionar lleva a un escenario de “Occidente *versus* el resto”, con “consecuencias muy sombrías” para las potencias del Atlántico Norte y para Europa en particular. Lo paradójico es que, luego de reconocer el problema, en el texto se insiste con las mismas estrategias que se vienen implementando. Por ejemplo, en lugar de proponer negociaciones de paz con Rusia, llama a reforzar el frente ucraniano de la guerra con más financiamiento, apoyo político y municiones de artillería para evitar que “Putin prevalezca”. También aboga por fortalecer las capacidades militares y la industria de defensa de la Unión Europea (UE) —en línea con lo que le demanda los Estados Unidos—. Como

un personaje de una tragedia clásica, Borrell balbucea algunos signos de la tormenta que lo llevará al naufragio, pero decide avanzar con más ahínco hacia oscuros nubarrones, empujado por fuerzas que no controla, pero que representa.

Hace 200 años, encabezado por Gran Bretaña y la burguesía londinense, lo que hoy se denomina ‘Occidente’ estableció su hegemonía en el sistema mundial, luego de iniciar su ascenso a partir del siglo XVI. Dicha hegemonía fue impuesta a partir de la combinación del desarrollo del capitalismo industrial, el imperialismo colonial, la racionalización estatal y el despliegue de capacidades militares relativas muy superiores en comparación al resto de las civilizaciones. Sin embargo, el proceso histórico actual va en sentido contrario: la crisis de la hegemonía estadounidense (o anglo-estadounidense para ser más amplios), el polo dominante en estos 200 años, es también una crisis de la primacía ‘occidental’ y de su declive secular relativo, el cual contrasta con el ascenso de China y de otros poderes emergentes. Es decir, están en ascenso los territorios colonizados e incorporados desde el siglo XVI de forma subordinada al sistema mundial capitalista con centro en el Atlántico Norte. Este proceso significa una transformación estructural y revolucionaria y, como contracara, implica la caducidad del viejo ordenamiento político mundial y de las instituciones que cristalizaban las anteriores jerarquías de poder.

A partir de la pandemia por COVID-19 se abre un nuevo momento geopolítico de la transición histórico-espacial del sistema mundial –vista como transición de poder–, donde se aceleran un conjunto de tendencias fundamentales. Las tensiones en torno a Taiwán, la guerra tecnológica impulsada por los Estados Unidos contra China que se articula con la guerra comercial, la escalada en la guerra en Ucrania o la creciente guerra de información y propaganda, son fragmentos y frentes de este

nuevo escenario de Guerra Mundial Híbrida (GMH).

En este marco, el presente artículo de investigación se propone definir algunos aspectos conceptuales sobre las implicancias del quiebre de la hegemonía anglo-estadounidense y el desarrollo de lo que denominamos Guerra Mundial Híbrida (GMH), como forma central del conflicto en la transición de poder mundial, en la actual etapa de caos sistémico. También se trabaja sobre algunos de los focos y frentes centrales de la GMH, haciendo hincapié en las relaciones entre los Estados Unidos, China y América Latina. A su vez, se abordan elementos de la GMH en la región, atravesada por la tensión estructural entre sostenerse como “Patio Trasero” de un polo en declive relativo o constituirse como polo emergente del Sur Global.

1. Transición de poder mundial y guerra híbrida

Desde el año 2014 comienza a instalarse la idea de una nueva Guerra Fría para definir el nuevo escenario político y estratégico internacional. Un ejemplo de ello es el texto de los neoconservadores estadounidenses Schoen y Kaylan (2014), titulado *El eje Rusia-China. La Nueva Guerra Fría y la Crisis del Liderazgo Estadounidense*. Varios hechos contribuían a dichos razonamientos: la emergencia o re-emergencia de potencias que cuestionan el orden mundial existente, el estallido de la guerra en el Este de Ucrania y la implementación de las estrategias de ‘contención’ a los poderes emergentes por parte de los Estados Unidos y el Occidente geopolítico como la expansión de la OTAN hacia el Este y hacia todos lados –OTAN Global–. También las nuevas iniciativas multilaterales de las potencias emergentes enmarcadas en la perspectiva de un mundo multipolar, como la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS) o la Iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR). En general, lo que se destaca del nuevo escenario mundial son cuatro aspectos:

- El surgimiento (o resurgimiento) de nuevas potencias, en el marco de una transformación del mapa del poder mundial y una nueva estructura histórica en palabras de Cox (2014 [1981]), que implica el retorno de la competencia estratégica entre polos de poder;
- La crisis del orden mundial occidental unipolar, cuestionado por las potencias emergentes;
- La bisagra que se produce en el mapa del poder mundial a partir la crisis de 2008-2009 en detrimento del Norte Global, expresándose con nitidez la crisis de hegemonía estadounidense o anglo-estadounidense;
- El surgimiento de un conjunto de asociaciones multilaterales que proponen un orden mundial alternativo (a la vez que impulsan reformas en el anterior).

Sin embargo, existen diferencias muy importantes en relación al mundo de la Guerra Fría, aunque la situación actual tenga algunos aires de familia y elementos clave de la transición de poder contemporánea hayan surgido en esa transición anterior. Nos encontramos en un mundo profundamente interconectado e interdependiente, impulsado por la transnacionalización del capital comandado por las redes financieras del Norte Global y la formación de un sistema financiero y productivo verdaderamente transnacional. Las cadenas globales de valor nunca han tenido el actual nivel de profundidad y capilaridad. Este proceso, que se desarrolla sobre las olas de internacionalización de la economía mundial de los siglos anteriores, se inicia en la década de 1970 y representa un cambio cualitativo de la economía mundial y, por lo tanto, la estructura dinámica del poder. El espacio se redujo drásticamente –y en algunos casos se eliminó– en términos temporales, con importantes implicancias en el plano político y estratégico y, por supuesto, en la relación entre poder y espacio propia de la geopolítica. La naturaleza de la hegemonía

de los Estados Unidos, con sus instituciones multilaterales globales, también constituyó un cambio cualitativo en el orden político del sistema mundial, llevando la interdependencia global y el sistema institucional supranacional a nuevos niveles. El sistema mundial prácticamente no tiene exterioridad, pero ello *no implica* la eliminación del control de los flujos de información, dinero y mercancías que media el sistema interestatal. Es decir, no hay eliminación del Estado sino una evolución del sistema inter-estatal, organizado en el orden político mundial ‘cerrado’ –utilizando esa palabra empleada por Mackinder (1904) para conceptualizar el mundo poscolombino–.

Si bien durante la Guerra Fría la URSS y los países de su esfera de influencia no estaban fuera de la economía mundial y del sistema inter-estatal, su integración económica era desde el lugar de semiperiferia, con una baja interdependencia relativa con el mundo capitalista y, claramente, a nivel político existían bloques definidos que configuraban un orden predominantemente bipolar, con ‘terceras posiciones’. La situación actual es completamente diferente. En primer lugar, por las implicancias de las transformaciones ya señaladas. En segundo lugar, resulta fundamental comprender que China no es la URSS. Su integración en la economía mundial es completamente distinta en términos cuantitativos y cualitativos: no sólo es el nuevo gran taller manufacturero de la economía mundial, sino que participa cada vez más en actividades de comando al máximo nivel: alta tecnología, administración estratégica global, comercio mundial, altas finanzas. Esta profunda transformación se refleja en los siguientes datos: el 52% de la producción industrial está en Asia, China tiene una producción industrial equivalente a la de los Estados Unidos, Japón y Alemania sumados, casi la mitad de lo que creció la economía mundial en 2023 lo explican China e India y Beijing desde 2019 es el país con más solicitudes de patentes tecnológicas de vanguardia, destacan-

dose la empresa Huawei. Es decir, existe un verdadero desafío sistémico en el seno de economía mundial.

Por otro lado, la Guerra Fría se produce en una situación de auge y madurez de la hegemonía estadounidense y occidental, mientras la situación actual es completamente diferente, encontrándonos en el momento de descomposición de dicha hegemonía. Resulta muy diferente el desafío que representaba la URSS o el movimiento de países No Alineados al desafío que representa actualmente China y los poderes emergentes (o re-emergentes) como India, Rusia y otros actores del Sur Global: hay otra realidad en la estructura del poder mundial, aunque éste presente sea explicable a su vez por las transformaciones históricas que se dan en la transición de poder anterior (1910/14-1945/53), cuando esos pueblos hacen sus revoluciones nacionales. A todo esto, debemos agregar que la dinámica política de la transición es multipolar, más que allá de que tenga ciertos rasgos bipolares. Por ejemplo, un actor emergente como India, que abreva por un nuevo ordenamiento multipolar, participa en iniciativas de los Estados Unidos contra China como el QUAD (Diálogo de Seguridad Cuadrilateral), pero a su vez es un actor fundamental de las principales instituciones multilaterales del mundo emergente como la OCS o los BRICS+ y tuvo un rol clave a partir de 2022 en relación a Rusia, profundizando sus asociaciones con la potencia euroasiática.

Una categoría en desarrollo que sirve para entender la situación actual de la transición de poder mundial es el de Guerra Mundial Híbrida (GMH) (Merino, 2023). Una guerra que involucra a los principales polos de poder mundial y tiene como principal contradicción a las fuerzas dominantes del viejo orden globalista unipolar en crisis –la última expresión del ciclo de hegemonía estadounidense (o anglo-estadounidense) iniciado en 1945 que se ha agotado–, *versus* las fuerzas emergentes que, sin tratarse de un bloque político ni de

una alianza, tienen en común la búsqueda de un ordenamiento relativamente multipolar, es decir, persiguen una democratización del poder y la riqueza mundial que inevitablemente pone en crisis los viejos monopolios del Norte Global (Merino, 2024). La GMH es la forma actual de la “guerra hegemónica”, aquel tipo de conflicto que constituye una bisagra entre dos épocas históricas (Gilpin, 1988).

La GMH contiene los elementos de las guerras de nueva generación, donde se combinan características de la guerra convencional entre Estados con ejércitos regulares y la guerra no convencional y/o irregular. En este sentido, se entrelazan las fuerzas convencionales y no convencionales, los combatientes y los civiles, la destrucción física y la guerra informativa. Implica la generalización de un nuevo método indirecto que combina la táctica de las “revoluciones de colores” –golpe suave– con las guerras no convencionales –golpe duro– (Korybko, 2020), además de guerras convencionales focalizadas y guerras en múltiples frentes, en donde los costos de la guerra convencional entre potencias son muy grandes. La GMH es una ‘guerra irrestricta’, donde al tiempo que se reduce el espacio de batalla en sentido estricto, se ha convertido al “mundo entero en un campo de batalla en sentido amplio” (Liang; Xiangsui, 1999: 241). Es un conflicto que se desarrolla en todos los frentes al tiempo que se ‘coopera’ dentro de una realidad mundial profundamente interdependiente. Por ejemplo, el volumen comercial entre China y Estados Unidos en 2022 fue de 702.000 millones de dólares. Por ello se habla de guerra comercial, guerra de información, guerra psicológica, ciberguerra, guerra de monedas, guerras financieras, guerra judicial (conocida como *lawfare*) e incluso, recientemente, de guerra cognitiva. En otras palabras, es la aplicación sincronizada de esfuerzos políticos, económicos, informativos, CEMA [Actividad Cibernética y Electromagnética] y militares, para objetivos políticos y estratégicos, buscan-

do minimizar los costes de una guerra convencional entre potencias, en donde aparece en el horizonte la cuestión de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD en inglés), asociada a la guerra nuclear, un elemento que ya es propio de la Guerra Fría.

Una característica central de la guerra híbrida es su naturaleza difusa: se desdibuja el límite entre lo militar y lo civil, entre el inicio y el fin, entre lo público y lo privado. Los frentes aparecen difuminados y las operaciones tienen como objetivo central la ‘sociedad enemiga’, para penetrar profundamente en su territorio y destruir su voluntad política (Nye, 2015). Es clave la guerra de información. De ahí el destacado papel que asumen los medios masivos de comunicación, las redes sociales y todo el complejo andamiaje sustentado por las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) que opera a través del espacio virtual. A su vez, en sus focos bélicos convencionales y pseudo-convencionales (Ucrania o Yemen), juegan un papel clave las tecnologías como los drones, la guerra electrónica y las cibertácticas ofensivas, comprendida dentro de la guerra de quinta generación.

La narrativa del tipo ‘Nueva Guerra Fría’ impone un análisis formalista de la puja entre dos grandes potencias, sin diferenciar que en dicha puja Inter-estatal se expresan diferentes fuerzas político-sociales que atraviesan al sistema mundial, con diferentes modos de organización política y social, historias y culturas, patrones de acumulación y lógicas de poder. En este sentido, mientras que en relación a América Latina los Estados Unidos tiene como uno de sus imperativos dominantes de la política exterior la Doctrina Monroe de América para los (norte)americanos (Morgenfeld, 2023), China en su política exterior se basa en cinco principios: respeto mutuo a la soberanía estatal e integridad territorial, no agresión, no intervención en los asuntos internos de otros países, igualdad, beneficio recíproco y coexistencia pacífica. Estos principios imprimen una dinámica práctica del poder muy diferente a

la del Occidente geopolítico, que está en línea con las perspectivas o demandas históricas del Sur Global. Estados Unidos tiene una idea de control o zona de influencia excluyente, pero este no es el caso de China que está abierta a la competencia política y económica y promueve el no-alineamiento. China no impone, por ejemplo, que un acuerdo o una inversión tenga como condición que un país no acuerde o detenga una inversión con los Estados Unidos. Ni define que una inversión en infraestructura de los Estados Unidos en un país determinado sea vista como una amenaza para su seguridad nacional. Se trata de dos lógicas muy diferentes, que están estrechamente relacionadas con dos cosmovisiones de la política exterior y la concepción del poder. De hecho, el ascenso pacífico de China no está vinculado a un patrón imperialista de tipo occidental (Katz, 2023).

2. Focos territoriales de la GMH

A principios de diciembre de 2023, la ex primera ministra británica, Liz Truss, afirmó en una entrevista a *The Telegraph* en Washington DC que las guerras en Ucrania y en Israel, como también la cuestión de Taiwán, son parte del mismo conflicto contra los “dictadores autoritarios”. “No son guerras múltiples, son la misma guerra”, sentenció respecto a los tres territorios, cuando se encontraba en los Estados Unidos tratando de convencer a los representantes republicanos cercanos a Donald Trump que apoyen un nuevo aporte financiero para las fuerzas aliadas de Ucrania. De hecho, el paquete de ‘ayuda’ por un total de 95.000 millones de dólares finalmente aprobado destinó fondos para los tres focos de “misma guerra” señalada por Truss: Ucrania (\$61.000 millones), Israel (\$26.000 millones, incluyendo unos \$9.000 para ‘ayuda humanitaria’ en Gaza) y Taiwán (\$8.000 millones).

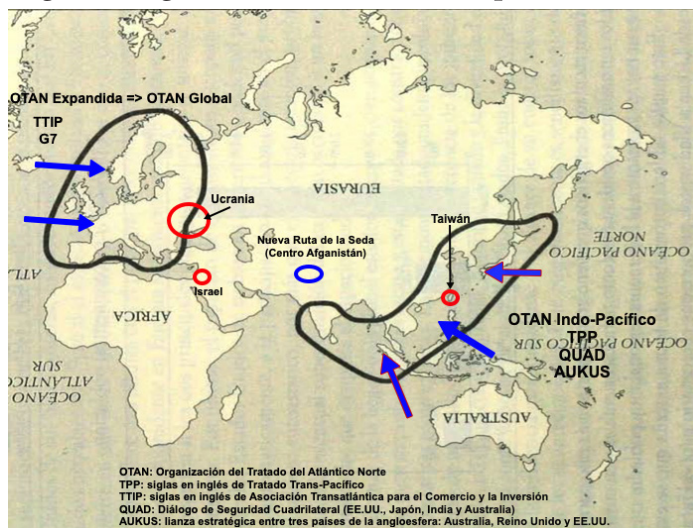
Resulta interesante observar que Truss, referente del neoconservadurismo británico, estaba defendiendo y operando para que sea aprobada una iniciativa de la administración globalista de Joe Biden, de orientación liberal y progresista

(bajo los términos del Norte Global). Comparten, con matices, los mismos códigos geopolíticos y similares orientaciones geoestratégicas. De hecho, Truss a principios de 2023 también afirmó sobre Taiwán que la isla estaba “en la primera línea de la batalla mundial por la libertad”, y señaló que la comunidad internacional debería acompañar un paquete de medidas para apoyar a Taipéi y defender los intereses de la población, que son los intereses propios en términos de “intercambio” y “libre navegación” (palabras que suenan muy parecidas a los argumentos británicos para librar las Guerras del Opio contra China en el siglo XIX). Meses antes a dichas declaraciones, se producía la provocadora visita a Taiwán de la presidenta de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos,

la demócrata Nancy Pelosi, cargada de fuerte contenido político al horadar el principio acordado en 1979 de una sola China y forzar al máximo la ambigüedad estratégica. Para esa fecha, además, la administración Biden avanzaba con una nueva escalada contra China, que incluyó un gran salto en la guerra tecnológica.

Truss plantea con total claridad el nudo del conflicto actual: el Occidente geopolítico en declive enfrentado a los polos de poder emergentes, siendo el continente euroasiático el tablero geopolítico central (Mapa 1). Y si bien los neoconservadores anglo-americanos tienen diferencias con los halcones liberales globalistas que dominan en el gobierno Biden, comparten un conjunto de códigos geopolíticos e imperativos estratégicos fundamentales. Entre ellos:

Mapa 1: Iniciativas geoestratégicas de los Estados Unidos para el control de Eurasia



Fuente: Elaboración propia sobre la base de mapa de Brzezinski (1997: 41) centrado en Eurasia, en donde marca en contorno negro las regiones periferias vitales para el control de continente por parte de los Estados Unidos. A partir de allí se agregaron algunas de las iniciativas geoestratégicas impulsadas por los Estados Unidos, así como también algunos focos territorios claves.

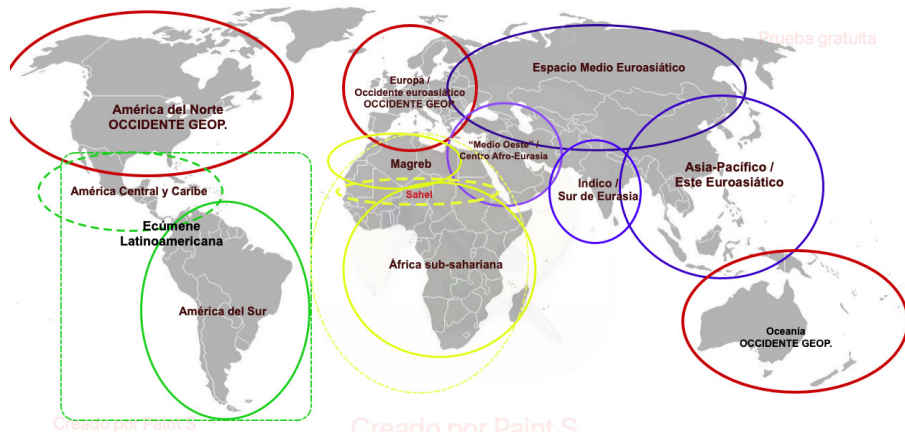
- a. poner a Ucrania bajo la órbita del Occidente geopolítico para debilitar estructuralmente a Rusia y quitar al gigante Euroasiático de la primera línea de los grandes jugadores geoestratégicos (Merino, 2022);
- b. sostener a Israel como una posición de avanzada fundamental del Occidente geopolítico en el llamado “Medio Oriente”, aunque haya una diferencia entre los neoconservadores que defienden el Gran Israel y los globalistas liberales que apoyan la avanzada israelí, pero buscan mantener las negociaciones en torno a la solución de los dos Estados en el conflicto Palestina-Israel;
- c. preservar a Taiwán bajo la influencia estratégica Occidental, con el fin de impedir que Beijing se convierta una gran potencia marítima (además de terrestre), fortalezca enormemente su capacidad tecnológica en la industria de semiconductores y complete su rejuvenecimiento nacional iniciado a partir de la revolución de 1949.

profundidad de la cabeza de puente en la periferia occidental europea en relación al corazón continental que tiene como centro al estado ruso. En ‘Medio Oriente’, la presencia determinante en el centro de Afro-Eurasia, territorio de rutas terrestres y marítimas estratégicas, además de ser la principal región exportadora de hidrocarburos del mundo y el centro histórico de la civilización islámica. En Asia Pacífico, se juega la posibilidad de sostener el cerco estratégico sobre China y la periferia oriental de Eurasia desde la Segunda Guerra Mundial, en una región que ya se ha convertido en el centro dinámico de la economía mundial.

También comparten, con matices, el imperativo estratégico de expandir la OTAN. No sólo desde Europa hacia el Este, sino también en lo que denominan el Indo-Pacífico, a partir de la incorporación de Japón a la alianza atlántica y desarrollando otras iniciativas como el AUKUS anglosajón (Australia, Reino Unido, Estados Unidos) o el QUAD (Diálogo de Seguridad Cuadrilateral conformado por Estados Unidos, Japón, Australia e India). En varios sectores se resume esta expansión en la idea de una OTAN Global.

Los tres focos mencionados se desarrollan en regiones geopolíticas (Mapa 2) claves en el tablero euroasiático –Europa, Asia Indo-Pacífico y el llamado ‘Medio Oriente’– cuyo control o, al menos, equilibrio favorable es un imperativo estratégico para el polo angloamericano con el fin de sostener la ‘supremacía’ mundial y la razón de ser de ideas en torno a una OTAN Global. En Ucrania se juega la

Mapa 2: Regiones Geopolíticas



Fuente: Elaboración propia.

2.1. Ucrania

El *establishment* occidental estimaba que para esta altura la Federación de Rusia estaría con la economía colapsada y el “régimen” político en crisis. Estos análisis se correspondían con el de *RAND Corporation* de 2019, el cual aconsejaba profundizar el apoyo a las fuerzas ucranianas pro-occidentales (guerra *proxy*) y aumentar considerablemente las sanciones económicas (guerra económica) con el objetivo de “sobre-extender” y “desequilibrar” a Rusia, para desplazarla del gran juego geopolítico (Merino, 2022). Incluso, en 2023, muchos referentes atlantistas insistían sobre un próximo escenario de derrota estratégica para Rusia en Ucrania. Pero como en tantos otros escenarios, el error de cálculo de buena parte de las elites occidentales se debe a la incomprensión (o a la no aceptación) del profundo cambio que se ha producido en el mapa del poder mundial.

Contra dichos pronósticos y bajo unas 15.000 sanciones económicas activas impuestas por Occidente, Rusia creció 3,6% en 2023 y se prevé un crecimiento de 2,6% para 2024.

Esto se explica tanto por factores endógenos, como por el marco de asociaciones en Eurasia y África, en donde sin dudas sobresale el vínculo con China e India, sus principales compradores de armamentos y grandes socios comerciales, que desde 2022 incrementaron notoriamente el intercambio y las inversiones con Rusia. Por otro lado, en el terreno militar en el último año el Kremlin obtuvo tres victorias importantes en batallas por el control completo del estratégico Oblast de Donetsk (Bajmut, Mariinka y Avdiivka) y sigue avanzando de forma lenta pero permanente en toda la línea del frente. La guerra de desgaste que está llevando adelante contra Kiev está logrando agotar las fuerzas ucranianas, donde escasean las reservas de material bélico y combatientes, y tiene cada vez serios problemas en infraestructura crítica como la energía eléctrica. El desgaste de las fuerzas ucranianas y el vaciamiento de las reservas occidentales, contrasta ahora con la capacidad y eficiencia demostrada por el complejo militar industrial ruso para abastecer el esfuerzo bélico, luego de un inicio complicado. Un ejemplo de esto es

que Rusia está produciendo al año 4.5 millones de rondas de artillería a 1000 dólares cada una, mientras que todos los países de la OTAN están produciendo 1.3 millones a 4000 dólares cada una, es decir, gastan cuatro veces más por ronda y producen tres veces menos.

En este escenario, China aparece como el gran actor que puede actuar de mediador para propiciar una negociación de paz, a pesar de la impugnación que intentan realizar los países del occidente geopolítico, señalando su involucramiento en el conflicto como proveedor industrial estratégico de Rusia. En un viaje a China en julio de 2024 y ante un escenario muy complicado en lo militar, que podía complicarse aún más frente a una victoria de Donald Trump en los Estados Unidos, el canciller ucraniano, Dmytro Kuleba, afirmó que “debemos evitar la competencia entre planes de paz. Es muy importante que Kiev y Beijing entablen un diálogo directo e intercambien posiciones”.

2.2. ‘Medio Oriente’ o en centro de Afro-Eurasia

La ofensiva israelí en Gaza, luego de los ataques de Hamás del 7 de octubre que reavivaron dicho conflicto secular, no ha logrado sus objetivos y comienza a tener grandes costos políticos. La organización político-militar Hamás no ha sido derrotada y siguen en su poder parte de los rehenes israelíes secuestrados. La brutal ofensiva que siguió al ataque terrorista —y que hace tiempo había sido diseñada como parte de avanzar hacia un ‘Gran Israel’— está causando decena de miles de víctimas civiles, lo que motiva las acusaciones de genocidio. Esto volvió a exponer al mundo la cárcel a cielo abierto que es Gaza y a poner de manifiesto la negativa absoluta del gobierno israelí a la solución de los dos Estados, así como al cumplimiento de las resoluciones de la ONU desde 1967.

En dicha región se vienen produciendo cambios geopolíticos trascendentales, que se

articulan con un proceso global: el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Irán y Arabia Saudita auspiciado por China, el ingreso de cuatro países de la región a los BRICS+ (Arabia Saudita, Irán, Emiratos Árabes Unidos y Egipto), el fortalecimiento de la OPEP+ que reúne a los países exportadores de petróleo más Rusia. La presión sobre el gobierno de Israel por parte de varios de los viejos y los nuevos miembros del BRICS+ resulta clara: empezando por China que promueve la idea de dar a Palestina un asiento en la ONU para fortalecer su proyecto estatal, apoyada por Arabia Saudita, o la presentación de Sudáfrica ante la Corte Internacional de Justicia acusando a Israel de conducta genocida. El propio presidente de Brasil, Inácio “Lula” da Silva, se ha manifestado repudiando el genocidio que está cometiendo Israel contra el pueblo palestino en Gaza. Por su parte, Egipto planteó la posibilidad de romper los acuerdos de Camp David de 1978.

La influencia de China en dicha región es cada vez mayor. En este sentido, Jon B. Altermann (2024), vicepresidente del influyente *think tank* estadounidense CSIS, advirtió:

Subestimamos hasta qué punto nuestros socios de Oriente Medio acogen con satisfacción la influencia China como un freno a lo que consideran excesos estadounidenses. Pretenden mantener sus fuertes lazos con nosotros y, al mismo tiempo, estrecharlos con China. El mensaje constante de China es que hacerlo es posible y deseable, y que deben socavar los esfuerzos de Estados Unidos por separarlos de China. En este proceso, China pretende alejar a la región de Estados Unidos y avanzar en el objetivo estratégico chino de un mundo más no-alineado en términos globales.

Este párrafo muestra la preocupación estadounidense por los cambios estructurales que se están produciendo en la región central de Afro-Eurasia, que apuntan a un nuevo equilibrio político y estratégico menos favorable

para sus intereses. También muestra una lógica de poder. Para los neoconservadores del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, que dominaron en la administración de George W. Bush (2001-2009) y ocuparon importantes posiciones con Trump (2017-2021), esta región se estableció como un territorio prioritario a controlar para mantener la supremacía estadounidense en el siglo XXI; entre otras razones, porque allí es donde se produce la energía que necesitan tanto Europa como Asia Oriental, las otras dos grandes áreas productivas del mundo que compiten con la estadounidense y de donde podrían emerger posibles adversarios sistémicos. Irán es el gran enemigo a vencer desde esta perspectiva. Obviamente, en dicho imperativo hay una continuidad, aunque con importantes matices geoestratégicos, de la tradición geopolítica clásica anglosajona, que piensa dicha región del tablero euroasiático como un *shatterbelt* o cinturón de quiebra, fragmentado e inestable y, sobre todo, en disputa (Cohen, 1982). Sin embargo, las guerras en las que ha intervenido Washington y sus aliados, cuyo fin último era sostener el dominio regional, parecieran haber generado el efecto contrario. Según cita Alterman (2024), el ministro indio de Asuntos Exteriores, Subrahmanyam Jaishankar, afirmó en este sentido que: “Durante los últimos 20 años, los Estados Unidos han estado luchando, pero no ganando en Oriente Próximo, y China ha estado ganando, pero no luchando”.

En diciembre de 2022, en una visita del mandatario chino Xi Jinping al rey saudí Salmán bin Abdulaziz Al Saud, se estableció un Acuerdo de Asociación Estratégica Integral entre la República Popular China y el Reino de Arabia Saudita. Fue todo un indicador, junto al acuerdo con Irán de 2021, del nuevo momento geopolítico en la transición de poder que se abrió post-pandemia y del ascenso de China en particular. Este mismo tipo de acuerdo de máximo nivel es el que Beijing también estableció con los Emiratos Árabes

Unidos, Irán y Egipto; y si nos extendemos hacia lo que se conoce como el “Gran Medio Oriente” en la perspectiva anglo-estadounidense, también se puede incluir a Argelia. En un escalón menor, China a su vez ha establecido asociaciones estratégicas con Turquía, Jordania, Qatar, Irak, Kuwait y Omán. A su vez, con Marruecos y Yibuti, que son países del mencionado “Gran Medio Oriente”. Por otra parte, China tiene un mecanismo de diálogo estratégico con el Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo (CCG) –integrado por varios de los países mencionados–, con quienes el intercambio comercial anual ronda los 200.000 millones de dólares. Estos acuerdos y asociaciones, sostenidas por un gran vínculo económico, incluyen también aspectos tecnológicos, científicos y militares.

Si lo miramos en términos político-culturales, 14 países árabes de un total de 22 han establecido una asociación estratégica integral o una asociación estratégica con China, lo que convierte a la región árabe en uno de los mayores grupos culturales asociados estratégicamente con Beijing. Además, los 22 países son miembros de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, y han emitido una declaración conjunta con China sobre la implementación de la Iniciativa para la Civilización Global.

Para Beijing y para los países de la región la profundización de la relación es muy importante en varios aspectos. Obviamente, al ser China el principal país importador de hidrocarburos (11,3 millones de barriles diarios en 2023) hay una complementariedad natural con dicha región exportadora. Eso constituye una fuerza motriz que tracciona a la política. Además, con Europa y Japón estancados desde 2008, y con los Estados Unidos logrando el autoabastecimiento hidrocarburiífero, resulta una necesidad estratégica para los países exportadores de petróleo fortalecer el vínculo con el principal poder emergente, que crece a un ritmo vertiginoso para su tamaño: su PBI nominal pasó de ser un cuarto del PBI

estadounidense a ser equivalente a tres cuartas partes en apenas 15 años y si medimos su economía en términos de paridad de poder adquisitivo ya es 30% mayor.

China también es una gran oportunidad de inversiones para los países de la región demandantes de infraestructura, tecnología y producción con mayor valor agregado. Por ejemplo, en 2012, China y Saudi Aramco acordaron construir juntas una enorme refinería en Yanbu, en el mar Rojo. En cuatro años, la refinería estaba procesando unos 400.000 barriles diarios de petróleo. Además, empresas chinas también han construido otras refinerías importantes en Arabia Saudita. Por otro lado, el acuerdo entre China e Irán de hace tres años también fue estratégico para impulsar inversiones en el sector de hidrocarburos e infraestructura. A su vez, sirvió para desarticular en parte la guerra económica y la política de aislamiento contra el país persa impulsada por los Estados Unidos, Reino Unido e Israel, como parte de la guerra híbrida. Otras áreas se están volviendo cada vez más relevantes, como las inversiones chinas en infraestructura ferroviaria, plantas desalinizadoras, polígonos industriales, informática y cuestiones militares.

Un aspecto que resulta fundamental para China en relación con la región es respecto a la seguridad, con motivo de contener y desalentar al islamismo radical que tiene ramificaciones hacia Asia central. Esto constituye un elemento de desestabilización de su región oriental, particularmente la provincia de Xinjiang (o Sinkiang), y puede ser instrumentalizado por poderes rivales interesados en promover tensiones políticas en China y en agitar conflictos territoriales que debiliten geopolíticamente al gigante emergente.

Por otro lado, tanto en términos históricos como actuales, resulta evidente que la región es estratégica en términos logísticos para la articulación de Eurasia o, en términos más amplios, de Afro-Eurasia. En ese sentido, por varios de sus países está proyectado el Corre-

dor Económico China-Asia Central-Asia Occidental de la Iniciativa de la Franja y la Ruta. En la actualidad, el 60% del comercio chino con Europa y África pasa por los Emiratos Árabes Unidos, principalmente por la ciudad de Dubai, histórico centro portuario-comercial, donde viven alrededor de 250.000 chinos. Como advierte Henry Kissinger (2017), al pretender conectar China con Asia Central y eventualmente con Europa, Beijing desplazará de hecho el centro de gravedad mundial del Atlántico a la masa continental euroasiática. Esto, por un lado, terminaría de deshacer la primacía mundial de las potencias del Atlántico Norte establecida en el siglo XIX y, por otro lado, volvería nuevamente central (como ya está sucediendo) a los países y ciudades clave de ‘Oriente Medio’, pero ya no como mera periferia exportadora de materias primas o un *shatterbelt* en términos geopolíticos, sino como espacio político emergente. Por eso también es tan importante el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Irán y Arabia Saudita, propiciado por Beijing, así como del otro lado hay muchos actores que apuestan a la guerra y a la desestabilización.

La cuestión monetaria es otro de los aspectos estratégicos de la relación entre China y la región central de Afro-Eurasia. Las iniciativas de Beijing de internacionalizar su moneda, el Renmimbí o Yuan, tiene como uno de sus focos los países del Golfo Pérsico y del “Gran Medio Oriente”. Esto también está directamente relacionado con la seguridad nacional, ya que se anticipan a posibles sanciones occidentales, como se vieron en el caso de Rusia y otros países, que obstaculicen la comercialización de hidrocarburos. De esta forma, se van estableciendo y lubricando los mecanismos comerciales y financieros para ese posible escenario, impulsando la creación de condiciones geopolíticas y geoeconómicas para una situación de desdolarización “obligada”. Los estados del Golfo, en particular Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita, están reforzando su

cooperación financiera con China mediante acuerdos de intercambio de divisas, acuerdos de liquidación comercial transfronteriza y esfuerzos de colaboración en materia de moneda digital.

A principios de junio de 2024, se conoció la noticia de que Arabia Saudita no había renovado el acuerdo establecido hace 50 años con los Estados Unidos, donde se comprometía a vender su petróleo en dólares, estableciendo la piedra angular del petro-dólar luego del abandono de la convertibilidad dólar-oro en 1971. No fue oficial la noticia y se entiende que tampoco podría serlo por la naturaleza del acuerdo. Pero la confirmación llegó rápidamente. Unas semanas después se conoció la primera compra oficial de petróleo saudí en yuanes por parte de China, oficializando una cuestión que avanza desde 2022: la venta de petróleo saudí (el mayor exportador del mundo), en otras monedas y especialmente en yuanes. Algo que ya tiene muy avanzado China con Rusia (el otro gran jugador en los hidrocarburos).

Hay 3 cuestiones claves para resaltar:

- Avanza el desarrollo de las condiciones geopolíticas y geoeconómicas para la “desdolarización”, probablemente la próxima gran batalla en la transición de poder mundial.
- Cambia notoriamente el mapa político y estratégico de «Oriente Medio», donde 4 países se sumaron a BRICS+ y gana peso la influencia de China, como también de Rusia e India.
- Se consolida la OPEP+ (OPEP más Rusia), que además mira hacia el este y sur de Asia.

2.3. Taiwán y la región Asia Pacífico

En perspectiva, la región de Asia Pacífico será la llave de la política mundial, si ya no lo es. Es allí donde vemos ascender al principal poder emergente, China, bajo cuyo liderazgo se estableció en 2020 el mayor acuerdo de comercio e inversiones del mundo, la Asociación Económica Integral Regional (conocido como RCEP por sus siglas en inglés), que

está integrada por 15 países lo cuales suman aproximadamente el 30% de la población mundial y el 30% del Producto Mundial Bruto (nominal).

Taiwán está en el centro de la disputa entre el gran poder ascendente y la gran potencia declinante, que ve perder la primacía estratégica en dicha región y busca impedir que China establezca la supremacía regional. Taiwán no es una colonia formal de los Estados Unidos, ni una isla en el Pacífico que domina directamente como Guam. Sin embargo, la isla ubicada en un estrecho estratégico entre Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional, juega un papel central en el diseño geopolítico de los Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Especialmente desde que, en 1949, la burguesía china representada por el Kuomintang es derrotada por las fuerzas comunistas y se refugia allí, con el apoyo estadounidense. La clave para Washington es sostener las dos cadenas de islas y bases militares que contienen a China y su acceso directo al océano. Taiwán es, obviamente, una pieza central de la primera cadena y uno de los puntos más importantes del cerco estratégico estadounidense, que Beijing busca debilitar.

Mapa 3:
Cadenas de islas y bases militares estadounidenses



Por esta razón, además de Taiwán, son varias las islas que están siendo disputadas entre países asiáticos: principalmente, las Parcelas o Xisha Islands o archipiélago Hoang Sa, las Senkaku o Diaoyu y el archipiélago Spratly o Nansha.

La situación del Pacífico occidental sirve para comprender el giro histórico que dio Ja-

pón en su política exterior –un aliado estratégico de Washington, pero que a su vez depende cada vez más de la economía China–, modificando hace algunos años la interpretación de su Constitución de la Paz para poder combatir en el extranjero y defender a sus aliados, aun en caso de no ser atacado. Recientemente, Tokio estrechó sus vínculos con Oc-

cidente estableciendo acuerdos de libre comercio con la Unión Europea y el Reino Unido, los cuales entraron en vigor en 2019 y 2021, respectivamente. Y también forma parte de la iniciativa conocida como QUAD impulsado por Estados Unidos junto a la India y Australia para gestar un bloque militar contra China, es decir, un núcleo desde donde germine una OTAN de Asia-Indopacífico.

En Taiwán, tras la toma de posesión como presidente en mayo de 2024, Lai Ching-te reiteró su compromiso con la soberanía de la isla en su primer discurso como líder, remarcando la perspectiva independentista de su partido Demócrata Progresista –que ha perdido el control de la legislatura en manos de fuerzas políticas que defienden la idea de una sola China–. Estados Unidos apoya esta posición de Lai Ching-te y financia la defensa de la isla, a la vez que mantiene formalmente el principio de una sola China, forzando al máximo la ambigüedad estratégica. Beijing, frente a ello, lanzó una nueva advertencia afirmando que la independencia de la isla equivaldría a la guerra y que no habría paz en caso de secesión. “La reunificación de la patria es una tendencia histórica imparable”, remató el portavoz de la cancillería (DefOnline, 30 de mayo 2024). Luego de las declaraciones, el ministerio de Defensa de Taiwán afirmó que en las últimas 24 horas había detectado 38 aviones de guerra y 11 barcos de la marina o de la guardia costera chinas, una semana después de que Beijing rodeara la isla en un enorme simulacro militar.

La segunda razón fundamental por la cual los Estados Unidos debe mantener a Taiwán alejada de Beijing es para evitar que la re-unificación otorgue al gigante asiático el control de una tecnología estratégica para la economía mundial: los semiconductores. En Taiwán, Corea del Sur y China continental se producen el 84% de los semiconductores del mundo. La principal empresa en la rama es la taiwanesa TSMC, responsable del 24% de la producción global de microchips en 2020 y

del 92% de los chips más avanzados, y posee dos grandes plantas en China continental.

La tercera razón central de la disputa por Taiwán tiene que ver con restablecimiento de la integridad territorial de China, colonizada y fragmentada por el imperialismo a partir del siglo XIX. De hecho, los Estados Unidos busca operar sobre todos los conflictos internos chinos en nombre de los “derechos humanos”, como en el Tíbet, Hong Kong y Sinkiang. Taiwán es el último gran paso para el restablecimiento de la integridad territorial de China, clave en la legitimidad del PCCH y uno de los objetivos fundamentales desde la revolución comunista de 1949. Ello está estrechamente ligado con el orgullo nacional: superar el “siglo de humillación” y recuperar su lugar central en *Tianxia* (todo bajo el cielo).

2.4. OTAN Global

En una famosa frase, el general y diplomático británico Lord Ismay afirmó que la alianza Atlántica se había creado para mantener a los rusos afuera, a los americanos dentro y a los alemanes debajo. Desaparecida la URSS, para los grupos de poder dominantes en Washington y Londres seguía siendo clave, en el nuevo escenario de las post Guerra Fría, terminar de debilitar estructuralmente a Rusia para dejarla definitivamente afuera y, sobre todo, mantener a los alemanes subordinados. Generaba una creciente inquietud en la anglósfera la reunificación de Alemania, que aumentaba su peso económico y territorial, el éxito de su competitiva industria, alimentada con hidrocarburos abundantes y baratos de Rusia, y el avance del proyecto continental, a partir de Maastricht (1993) y el Euro.

La perspectiva de una OTAN Global es la más adecuada para definir la mutación que se produjo en la alianza atlantista luego de la caída de la URSS. Derrotado el gran enemigo de la Guerra Fría, el elemento que justificaba la alianza, la OTAN comienza a convertirse en una herramienta político militar del Oc-

cidente geopolítico conducido por el polo de poder angloestadounidense para sostener su supremacía. La clave pasa a ser asegurar estratégicamente el orden mundial unipolar en un capitalismo transnacional, dominado por las redes financieras globales con centro en Wall Street, Londres y la red de *cities*.

El lineamiento dominante a partir de entonces fue la expansión hacia el Este de Europa, pero también Asia Indo-Pacífico y Oceanía y la incorporación de socios globales de la alianza, además socios importantes extra-OTAN. Dicha perspectiva aparece con claridad en la cumbre de 2006, con la propuesta de los Estados Unidos y el Reino Unido de forjar una “asociación global” con los países no europeos y avanzar en la idea de “socios globales”. También es formalizada por Daalder y Goldgeier, que señalan: “Sin demasiado ruido y sin apenas aviso la OTAN se ha vuelto global (...) la alianza ahora busca llevar estabilidad [*sic*] a otras partes del mundo. En el proceso, está ampliando tanto su alcance geográfico como el alcance de sus operaciones” (2006: 105). Los autores agregan: “Sólo una alianza verdaderamente global puede abordar los desafíos globales actuales” (2006: 107), y apuntan a que otros “países democráticos” que comparten valores e intereses con Occidente –incluyendo a Australia, Brasil, Corea del Sur, Japón, India, Nueva Zelanda y Sudáfrica– serían claves para la alianza. Además de la expansión global en regiones fundamentales, estos países pueden proveer, en términos más concretos, “fuerzas militares adicionales” y “apoyo logístico” a la OTAN.

Daalder fue representante permanente de los Estados Unidos en la OTAN entre 2009 y 2013, desde donde buscó avanzar en la perspectiva planteada. De hecho, fueron incorporándose en la categoría de “socio global” los siguientes países: Afganistán, Australia, Irak, Japón, Colombia, Corea del Sur, Mongolia, Nueva Zelanda y Pakistán. A ello tenemos que agregar un conjunto de países que apa-

recen con la categoría de Aliados importantes extra-OTAN de los Estados Unidos, el cual puede pensarse como un paso previo: Israel, Jordania, Brasil, Catar, Argentina, Baréin, Filipinas, Tailandia, Taiwán, Kuwait, Marruecos y Túnez.

Los números hablan por sí solos en términos de la apuesta militarista de Occidente: el gasto en defensa de los Estados miembros de la OTAN representa un 67% del gasto total mundial. La “pacifista” Europa tuvo un gasto militar de 588.000 millones de dólares en 2023, un 16% más que en 2022 y un 62% por encima de hace una década¹, superando por más de cinco veces a Rusia y más que duplicando al de China, que posee un PBI mayor que el conjunto de Europa. El gasto militar de Rusia equivale a sólo el 8% del gasto de la OTAN. Bajo esta perspectiva estratégica puede comprenderse que China, tan lejos del Atlántico Norte y sin ninguna proyección militar hacia allí, sea definida por la OTAN como un desafío sistémico en su cumbre de Madrid 2022. Además de su avance hacia el Este europeo, ahora resistido con cierta eficacia por Rusia, uno de los objetivos centrales de los Estados Unidos y el Reino Unido es avanzar con el brazo del Indo-Pacífico de la OTAN Global. En este sentido, se propuso abrir una oficina en Japón durante 2024, aunque la iniciativa es resistida por París, que no quiere verse arrastrada a una escalada contra China, lo que sería catastrófico para los intereses europeos. Por otro lado, en abril de 2024, los lí-

1 Daniel Malagón: “Suecia aumenta su gasto militar: ¿Cuánto invierte cada país de Europa?” *Infobae*. 01 de mayo de 2024. Disponible en: <https://www.infobae.com/espana/2024/05/01/suecia-aumenta-su-gasto-militar-cuanto-invierte-cada-pais-de-europa/#:~:text=El%20gasto%20militar%20europeo%20ascendi%C3%B3,encima%20de%20hace%20una%20d%C3%A9cada>

deres de los Estados Unidos, Japón y Filipinas celebraron su primera cumbre en Washington, formalizando otra instancia multilateral para fortalecer la “contención” contra China. Y, aunque las partes negaron que este fuera un paso importante hacia la construcción de una Nueva OTAN asiática, como señala Luo Liang (2024) a juzgar por sus ejercicios militares conjuntos regulares, mecanismos de consulta, intercambio de inteligencia y respuesta coordinada, la profundidad de la cooperación trilateral superó la de AUKUS y el QUAD. A ello se le agregan proyectos como el Corredor Económico Luzón, que conectaría Subic Bay, Clark, Manila y Batangas en Filipinas a través de puertos modernizados y ferrocarriles para impulsar el sector de los semiconductores y otras industrias. El objetivo estratégico es reestructurar las cadenas de valor regionales y construir un cinturón económico que excluya a China, cuyo liderazgo económico en la región es insoslayable y donde se han consolidado iniciativas como la Asociación Económica Integral Regional, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y la Iniciativa de la Franja y la Ruta (de donde Filipinas se retiró, como lo hicieron también Estonia e Italia, dos países de la OTAN).

En 2023, se anunció la instalación de cuatro nuevas bases militares estadounidenses en Filipinas, donde ya podía operar de manera limitada en cinco instalaciones militares gracias al Acuerdo de Cooperación Reforzada en materia de Defensa. Por su parte, China desde 2014 ha construido 10 emplazamientos insulares artificiales en dicha área, incluida una en el Arrecife Mischief, en la zona en disputa con Filipinas. Para dimensionar la presencia estadounidense en la región, desarrollada bajo la perspectiva de hacer del océano Pacífico un gran lago anglosajón como definiera en su momento el general MacArthur, Japón tiene 120 bases estadounidenses activas (el mayor número en el mundo), el 80% concentradas en la estratégica provincia de Okinawa, cerca de

Taiwán; mientras que en Corea del Sur tiene 73. También debemos agregar la base estadounidense en Singapur. En total y según cifras oficiales, los Estados Unidos tiene 313 bases en Asia Pacífico.

Luego de la cumbre entre los Estados Unidos, Japón y Filipinas, el ministro de Asuntos Exteriores chino, Wang Yi, inició una serie de visitas a Indonesia, Camboya y Papúa Nueva Guinea. En Yakarta, resaltó la necesidad de estar muy atentos a los “pequeños círculos” que están surgiendo en la región, expresó su oposición a cualquier intento de instigar la confrontación y afirmó que China valoraba la paz y la estabilidad ganadas con tanto esfuerzo. Por otro lado, en mayo de 2024 hubo un acontecimiento muy importante: luego de una pausa de cuatro años, se realizó una cumbre en Seúl entre China, Japón y Corea del Sur. Acordaron ampliar la cooperación en materia de protección del ambiente, cambio climático, salud, envejecimiento de la población, innovación científica y tecnológica, deportes, juventud, turismo y el fortalecimiento de los intercambios entre personas (Xinhua, 26 de mayo 2024).

Corea del Sur y Japón se encuentran entre los mayores inversores en China, siendo su inmenso mercado de consumo y su entramado industrial estratégicos para las principales empresas de ambos países. Es decir, la interdependencia tiene tal profundidad que un intento de desacople y Guerra Fría sería catastrófico para sus economías, aunque al mismo tiempo vean a China como un gran desafío y pese sobre dichos países su condición de territorios ocupados, sin autonomía estratégica. Este escenario vuelve casi impracticable la política de Guerra Fría de creación de bloques, pero propicia las estrategias de subsunción propias de un escenario de profunda interdependencia, cooperación y, a su vez, competencia estratégica global exacerbada, que en cada territorio particular se articula con la lucha política (GMH).

3. Guerra Económica, Guerra Comercial y Guerra Tecnológica

Desde el año 2018, la administración de Donald Trump abrió un frente central de la GMH, que es un síntoma de su declive relativo en materia productiva: el centro organizador de la globalización financiera neoliberal y acérrimo impulsor del libre comercio global, lanzó la guerra comercial, con foco en China, pero que golpea también a sus principales ‘aliados’, toda una expresión de su declive industrial (Merino, 2019). La guerra comercial se impuso como una política de Estado: los aumentos de aranceles decididos en el marco de la guerra comercial no sólo no disminuyeron durante la administración de Joe Biden, sino que han aumentado. La guerra comercial va de la mano de una guerra tecnológica que tiene como objetivo central frenar el desarrollo del gigante asiático para impedir su devenir desde inmensa semiperiferia industrial con bajos costos laborales relativos, subordinada a las transnacionales del Norte Global, hacia gran centro emergente. Por ello el ataque directo a Huawei, la empresa China de tecnología que lidera la industria de comunicaciones con el desarrollo del 5G y es la empresa con mayor solicitud de patentes tecnológicas a nivel mundial.

Desde 2017, bajo un marco estratégico de rivalidad de grandes potencias, los Estados Unidos y aliados han avanzado en el uso de la llamada “Nueva Guerra Fría” como dispositivo geoestratégico amigo-enemigo, con el fin de presionar a diferentes países para que se alineen con los Estados Unidos. Esto incluye presiones políticas, operaciones de inteligencia, amenazas militares, sanciones económicas y financieras, participación en golpes de Estado (blandos y duros) y operaciones de guerra híbrida en general, que involucra a todos los principales jugadores. También el intento por bloquear empresas tecnológicas en el mundo, bajo el argumento de las amenazas a la seguridad que plantean. El liderazgo monopolis-

tico de Occidente en las telecomunicaciones y las TIC le otorgó el control mundial de la información y la inteligencia, lo cual hoy está en crisis y Huawei está en el centro de dicha discusión. Ello está en estrecha relación con otro frente de la GMH, el de la ciberguerra. Como observan Kissinger, Schmidt y Huttenlocher (2021: 131) los principales países están inmersos en un conflicto cibernético en la actualidad, aunque uno sin una naturaleza o alcance fácilmente definible.

Como parte de la guerra tecnológica, en los últimos años se observa la apuesta estadounidense por el mentado *decoupling*, que refiere a desacoplar las fuerzas productivas occidentales de la industria tecnológica china en sus eslabones estratégicos. Una clara expresión de esta estrategia tuvo lugar con una serie de políticas adoptadas desde los Estados Unidos bajo la administración globalista de Biden, como la Ley Chips y Ciencia, sancionada en octubre de 2022. Esta medida va de la mano de un programa para estimular la industria nacional de semiconductores de 52.000 millones de dólares aproximadamente, como parte de la Ley que supone una financiación total de 280.000 millones de dólares totales. Además, los Estados Unidos propuso a Japón, Corea del Sur y Taiwán crear la alianza Chip4 para construir una cadena de suministro de semiconductores que excluya a China. Por otro lado, Washington obligó a la empresa de los Países Bajos, ASML, la responsable de la producción de las máquinas más sofisticadas para la fabricación de chips, que deje de vender dichas máquinas a China. También incluyó en la alianza anti-China a la empresa japonesa Tokyo Electron. Por su parte, Beijing ha decidido destinar un fondo de 150.000 millones de dólares para el desarrollo de la industria local de semiconductores, que se suman a los fondos que lleva años invirtiendo en el sector. Estados Unidos vio caer su participación en la producción mundial del 37 %, en 1990, al 12 %, mientras que

en el mismo período China pasó de menos del 1% al 15%.

Otra de las medidas centrales de la guerra tecnológica impulsada por Washington se da a través del Comité de Inversión Extranjera (CFIUS, por sus siglas en inglés) que bloquea políticamente las inversiones chinas en los Estados Unidos y la adquisición de empresas estratégicas, eliminando la dinámica de mercado en nombre de la seguridad nacional. Por otro lado, se implementaron controles para la exportación a empresas chinas a través de la “lista de entidades” mantenida por la Oficina de Industria y Seguridad (BIS, por sus siglas en inglés) para impedir que se vendan a empresas chinas insumos tecnológicos fundamentales, que no son fácilmente reemplazables (Merino, Bilmes, Barrenengoa, 2023). En resumen, retornan con mucha fuerza dos aspectos importantes de toda fase de agudización de la competencia estratégica (que a decir verdad nunca desaparecieron del todo): el proteccionismo y la política industrial, articulados con la guerra comercial y tecnológica, que tiene una impronta globalista o americanista-nacionalista según el intérprete y las fracciones y grupos dominantes de turno.

La Unión Europea (UE) decidió avanzar en los mismos pasos. Ante su declive relativo en términos productivos y su retraso en algunas ramas tecnológicas estratégicas, anunció una investigación sobre los subsidios a la industria de vehículos eléctricos china. El arancel estadounidense sobre los autos chinos es del 27,5% y planea subirlos al 100% el 1 de agosto de 2024, frente al arancel del 10% de la Unión Europea, que podría aumentar hasta el 38%, como punta del iceberg de un proceso más amplio. La cuestión no son sólo los autos eléctricos. En 2023, China se convirtió en el principal exportador de automóviles del mundo, muchos de los cuales son marcas propias. Las tres grandes europeas –Volkswagen, Stellantis y Mercedes Benz– ven amenazada su posición, que ya viene declinando: sólo

VW están entre las primeras 10 empresas del mundo en ventas. Pero el problema es que esta empresa depende, justamente, del mercado chino, hacia donde destina la mitad de su producción y además Europa necesita a China para avanzar en la producción de vehículos eléctricos, por su dominio en la producción de baterías y minerales claves (especialmente tierras raras). Sin embargo, como dice el dicho, ‘las negras también juegan’. Ante este escenario, China se vio obligada a acelerar su propio desarrollo tecnológico y a potenciar el comercio y la cooperación económica con el Sur Global. Y sus resultados han sido exitosos. En una entrevista a *Bloomberg* en 2011, Elon Musk, propietario de Tesla, se reía de la marca China de autos eléctricos BYD. Actualmente, la marca China superó a Tesla en ventas y se perfila como la principal empresa automotriz de vehículos eléctricos (quizás como la Ford a principios del siglo XX). Otro punto a destacar es que, a pesar de la guerra de los chips, se encontró en un reciente teléfono de última generación producido por Huawei (Mate 60 Pro) un nuevo procesador 5G Kirin 9000s desarrollado especialmente por la empresa china SMIC (también en la lista negra de los Estados Unidos), mostrando la capacidad de fabricar semiconductores avanzados de menos de 13 nanómetros, posiblemente de sólo 7 nm. (*Reuters*, 21 de febrero 2024).

En el aspecto comercial, China viene estableciendo una red de acuerdos comerciales bilaterales, que ya incluye a 28 países y territorios que compran cerca del 40% de las exportaciones chinas. James Kynge y Keith Fray señalan en un artículo en *Financial Times* (04 de marzo 2024) que “si el mandato de la OMC de mantener el mundo abierto al comercio libre se desmorona, China dispondrá al menos de un sistema de respaldo parcial”. Otro dato que pone de relieve dicho artículo es que el comercio de China con los países de la IFR superó al de Estados Unidos, la UE y Japón juntos. Fue clave, en este sentido, el exitoso avance de la ya

mencionada Asociación Económica Integral Regional (RCEP) en Asia Pacífico, que contrasta con el caído TPP (Acuerdo Trans-Pacífico) que impulsó en su momento Washington. Pero también resultó fundamental para explicar este desarrollo la apuesta de Beijing en los últimos años por impulsar asociaciones con el Sur Global, hacia dónde está puesta su mirada estratégica, fortaleciendo las condiciones para la ‘insubordinación’ de las periferias del sistema con respecto al viejo orden en crisis. No resulta casual que en 2022 la inversión directa china en América Latina haya superado la destinada a los Estados Unidos, como la enorme y creciente presencia de Beijing en África. Esto muestra, una vez más, que las acciones del Occidente geopolítico pueden tener como resultado una aceleración de las tendencias en su contra, pudiendo ser peor el remedio que la enfermedad: una China más entrelazada económica y políticamente con el Sur Global y los poderes emergentes, acelerando su lugar como centro tecnológico ascendente, con un lugar fundamental en la actual revolución tecnológica-productiva en curso, sobre la base de la mayor plataforma industrial del mundo.

En este contexto es importante destacar que la conducción política China, encabezada por Xi Jinping, definió como objetivo de máxima prioridad el desarrollo de nuevas fuerzas productivas de calidad para aumentar la innovación, fomentar las industrias emergentes, adoptar planes para el desarrollo de industrias orientadas al futuro y mejorar el sistema industrial modernizado. Luego del exitoso ‘Made in China 2025’, lanzado en 2015 para potenciar tecnológicamente diez ramas industriales fundamentales, ahora se propone dar un salto de calidad en dicho camino para avanzar en la completa digitalización de la industria y buscar ubicarse en la vanguardia de la actual revolución tecno-productiva –del manejo del estado del arte hacia la frontera tecnológica–.

La guerra económica a través de sanciones es otro frente clave de la GMH. Si bien constituye una práctica habitual de los Estados Unidos –con el caso paradigmático del embargo a Cuba desde 1960-1962– es a partir de las sanciones a Rusia en 2014, que este frente emerge como un terreno de disputa global en la incipiente GMH. Con la escalada en el conflicto en Ucrania en febrero de 2022, se produce a su vez una escalada total en la guerra económica, llegando a establecer unas 15.000 sanciones contra Rusia y a expulsar a casi todas las empresas rusas de la Sociedad para las Telecomunicaciones Financieras Interbancarias Mundiales (SWIFT), incluyendo la congelación de las reservas de divisas del país. Esto va mucho más allá de las típicas medidas de guerra económica (guerras comerciales, los bloqueos tecnológicos y los embargos de petróleo) contradiciendo los principios liberales de que “las deudas deben pagarse” y “la propiedad privada es sacrosanta”, según observa Yang Ping (2023); lo que obliga a Beijing y a otros actores a tomar nota y prepararse para lo que viene. Sin embargo, los resultados de la guerra económica no son exactamente los buscados. Como ya señalamos, las miles de sanciones contra Rusia no lograron los objetivos buscados. Según analizan en un artículo para el *Washington Post*, Jeff Stein y Federica Cocco (25 de julio 2024). “las sanciones a Venezuela, por ejemplo, contribuyeron a una contracción económica aproximadamente tres veces mayor que la causada por la Gran Depresión en los Estados Unidos”. Pero a pesar del colapso económico generado por las sanciones –incluyendo la expropiación de la empresa CITGO y de las reservas internacionales del país sudamericano– el ‘régimen chavista’ no fue desplazado del poder. Estados Unidos impone tres veces más sanciones que cualquier otro país u organismo internacional, aplica algún tipo de sanción financiera a personas, propiedades u organizaciones de un tercio de los países del mundo y más del 60% de todos los países

de bajos ingresos están sujetos a algún tipo de sanción. Los embargos y sanciones se han convertido en un arma casi automática en una especie de guerra económica perpetua, como parte de un estado de guerra permanente.

La extensión de la guerra económica mediante sanciones, embargos y bloqueos como mecanismo para enfrentar la crisis y quiebre de hegemonía puede ser también un problema, especialmente en un mundo en plena transformación material, donde los BRICS superaron a las viejas economías centrales del G7 en el peso en el Producto Bruto mundial (PPA). Además del rechazo político cada vez más fuerte que genera en el Sur Global y la disposición a generar alternativas al dominio del dólar, la guerra económica ha disparado las tendencias hacia la creación de condiciones geopolíticas para un incipiente proceso de desdolarización, cuyos primeros elementos aparecen en 2009 con la primera reunión de mandatarios de los países del BRIC (Brasil, Rusia, India, China y luego BRICS con la incorporación de Sudáfrica). En la cumbre de Sudáfrica de 2023, además de la ampliación de los BRICS a seis nuevos países, también se plantearon algunos pasos más para avanzar en una arquitectura monetaria-financiera mundial alternativa. Apuntan a eso el fortalecimiento y la ampliación del Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS y el otorgamiento de créditos en monedas de los países miembros, junto con los avances de los intercambios comerciales también en monedas propias. Algunas de las manifestaciones de otro ordenamiento financiero que poco a poco está emergiendo: el 95% de los intercambios entre China y Rusia no son en dólares, los países emergentes se desprenden de forma creciente de activos en dólares en sus reservas y aumenta la acumulación de oro, China y Rusia y los BRICS avanzan con el desarrollo de sistemas de pagos internacionales o vemos cada vez más acuerdos para comerciar en monedas nacionales.

4. América Latina

La relación entre China y América Latina tiene como uno de sus fundamentos principales la transformación material y el cambio en la estructura histórica mundial. Esto se pone de manifiesto al observar que el volumen de comercio entre China y la región aumentó de \$17 mil millones en 2002 a \$480 mil millones en 2023. Un proceso extraordinario, que también se ve en materia de inversiones en infraestructura, instalaciones de empresas y préstamos por parte de China. La contracara es la caída en la relación comercial con los Estados Unidos y Europa, las regiones metropolitanas históricas tanto en su forma colonial como neocolonial y postcolonial. Dicho proceso es todavía más profundo en Suramérica: Chile, Perú y Brasil tenían como principal destino exportador a la Unión Europea en 2001, mientras que ahora el principal destino es China.

Una expresión simbólica de este cambio de época es, por ejemplo, la instalación de una fábrica de autos eléctricos en Brasil por parte de la empresa China BYD. Esta empresa, que ya opera allí desde 2013, ha comenzado las obras en el complejo de Camaçari, en Salvador de Bahía, que otrora perteneció a la Ford, ya sin fábricas en Brasil. Unos se marchan y otros llegan... Por otro lado, compañías chinas de energía anunciaron en 2023 inversiones por USD 13 mil millones, mientras que entre 2007 y 2021 invirtieron USD 32 mil millones. En relación a esto se desarrolla, obviamente, una guerra de propaganda. En este sentido, el medio argentino *Clarín* alineado con Washington titula la presencia y la estratégica inversión de BYD en Brasil de la siguiente manera: "Invasión china: la principal rival de Tesla llegó con barco propio a Brasil y descargó más de 5.000 autos en su primer viaje" (*Clarín*, 29 de mayo 2024).

También en el plano institucional avanzó enormemente entre China y ALC. Una expresión de ello, como parte del nuevo multilateralismo emergente, es el Foro China-CELAC

que ya tiene 10 años. El hecho de que China apueste por la CELAC reafirma a su vez la validez de este organismo como interlocutor internacional, lo que posibilitó sostener este espacio de multilateralismo regional a pesar de las presiones en su contra. Por otro lado, 22 países de ALC forman parte de la IFR y gran cantidad de países han suscrito con China alianzas estratégicas y alianzas estratégicas integrales (máximo nivel de cooperación para Beijing).

Como no podía ser de otra forma, todo esto representa una amenaza de ‘seguridad nacional’ para los Estados Unidos, que doctrinariamente establece como una amenaza para su hegemonía continental –pilar de su proyección mundial– la presencia de otras potencias adversarias en el hemisferio Occidental y el desarrollo de procesos políticos que busquen mayor autonomía regional. Dos cuestiones que suelen ir de la mano, ya que los procesos autonomistas se apoyan en un marco de asociaciones más amplias, que permiten un mayor grado de maniobra política y estratégica.

Ya desde 2009 y particularmente en 2011 estas dos cuestiones –la creciente presencia de China y otras potencias como Rusia e Irán, así como el establecimiento de UNASUR y el CELAC, y el liderazgo autonomista de Brasil– aparecen en los informes de amenazas de seguridad nacional del Senado de los Estados Unidos (Clapper, 16 de febrero 2011). Incluso, distintos jefes del Comando Sur del Pentágono –como Laura Richardson y Kurt Tidd– y otros funcionarios y legisladores estadounidenses han señalado públicamente que las inversiones en infraestructura ‘crítica’ por parte de China como una amenaza para la “seguridad nacional”² y una “influencia maligna”.

Una cuestión notable es que parecen haber redescubierto la teoría de la dependencia que tanto criticaban y despreciaban décadas atrás. Frente a este escenario, desde distintos grupos de poder, agencias y fuerzas se ha desplegado cuatro estrategias principales:

1. Profundizar la superlativa presencia militar estadounidense en el continente (Tokatlian, 2024).
2. Bloquear y presionar contra iniciativas, inversiones y asociaciones de la región con China, al tiempo que desplegar campañas de propaganda, guerras de información, así como financiamiento y soporte a grupos políticos ‘locales’.
3. Impulsar y/o apoyar políticas de cambio de régimen, golpes duros o blandos, guerra económica de baja y alta intensidad *lawfare* y distintas formas de guerra híbrida (Romano y Tirado, 2018; Fiori, 2018; Salgado, 2020).
4. Impulsar iniciativas (“zanahorias”) que busquen generar ciertos incentivos para justificar el alineamiento a Washington como, por ejemplo, la “Alianza para la Prosperidad Económica en las Américas”, respaldada principalmente por fondos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (aunque en realidad haya pocos fondos nuevos).

El periodista Román Lejtman de *Infobae* (órgano mediático editorialmente ligado al neoconservadurismo americano) describe en un artículo sobre la reunión en Washington del presidente argentino Alberto Fernández con Joe Biden (Lejtman, 2 de abril 2023), el tipo

2 *Infobae*, 9 de mayo de 2024; *CNN*, 14 de septiembre de 2022; *La Nación*, 8 de agosto 2024. El influyente senador republicano Marco Rubio, de la Comisión de Relaciones

Exteriores del Senado, afirma que los Estados Unidos “no puede darse el lujo de permitir que el Partido Comunista chino extienda su influencia y absorba a Latinoamérica y el Caribe en su propio bloque político-económico personal” (*La Nación*, 8 de agosto de 2024).

de ‘negociaciones’ que se establecen en torno a la “amenaza” China, el “enemigo global” de los Estados Unidos. Según sus fuentes, el gobierno argentino habría acordado el congelamiento de los “proyectos geopolíticos” de China, en referencia a proyectos de inversiones en infraestructura en la Argentina, a cambio del apoyo de Estados Unidos en las negociaciones con el FMI. En Washington no se oponían a que la Argentina utilice el *swap* de 18.500 millones de dólares en pleno estrés financiero y tampoco objetaban el volumen comercial –algo lógico, ya que en todo caso buscan mediarlo con sus propias compañías–. Pero se oponían a que China acceda al “control de la Hidrovía” (en referencia a la licitación para la administración de la vía troncal Paraná-Paraguay, la vía de navegación comercial más importante del Cono Sur), venta de aviones JF-17 a la Fuerza Aérea argentina que otorgarían un poder de disuasión real y autonomía con respecto a la OTAN, o construya centrales nucleares en la Provincia de Buenos Aires. Además, se planteó “consolidar una relación estratégica”, donde se establecieron tres áreas claves que debían coordinar la Argentina y los Estados Unidos: alimentos y proteínas, energía y seguridad energética global y minerales críticos (donde es fundamental el litio).

Es decir, Washington no ofrece ni central nuclear alternativa, ni aviones de última generación (sólo los viejos F-16 descartados por Dinamarca), ni grandes obras de infraestructura, ni nada por el estilo, sino el apoyo en el FMI para renegociar el acuerdo y haga posible pagar el enorme crédito destinado en gran parte a la fuga de los fondos financieros (en buena medida anglo-estadounidenses) ‘atrapados’ luego de que estallara la ‘bicicleta financiera’ de 2016-2017. No fue posible saber si todo lo que aparece en dicho artículo periodístico es cierto o es una operación de prensa, o ambas cuestiones. Pero lo que sí es cierto es que luego sucedió exactamente lo que allí decía que se había acordado.

Cabe destacar que el nuevo gobierno de la Argentina, encabezado por Javier Milei, no sólo rechazó la invitación a formar parte de los BRICS+, sino que se ha alineado totalmente con los Estados Unidos en cada uno de los frentes y focos de la GMH mencionados, bajo una política para-colonial. Más allá de que el ejemplo sea específico de la Argentina, sirve para analizar aspectos centrales de los países de la región en relación a la tensión estructural entre los Estados Unidos y China y el desarrollo de la GMH.

La situación general de transición de poder interpela directamente a América Latina. En primer lugar, porque es parte fundamental del Sur Global y como tal se encuentra atravesada por un conjunto de tendencias históricas y espaciales del mundo emergente. En segundo lugar, porque como se observó en las dos grandes transiciones de poder anteriores –como en las guerras napoleónicas o el período de Guerras mundiales en el siglo XX– se producen en la región y en las periferias y semiperiferias mundiales, procesos disruptivos que agudizan las luchas nacionales y las disputas geopolíticas en torno al ascenso y el declive en el sistema mundial, el ‘desarrollo’ y el ‘subdesarrollo’, la ‘liberación’ o la ‘dependencia’, la ‘independencia’ o la ‘colonialidad’. Son tiempos de revoluciones y contrarrevoluciones, en el sentido amplio del concepto. En tercer lugar, porque América Latina es históricamente una periferia colonial y neocolonial constitutiva del ascenso y la posterior hegemonía atlantista. Pero esta situación se ve desafiada por tendencias políticas regionales autonomistas y la creciente presencia de poderes emergentes, en donde se destaca China, produciendo otras condiciones histórico-espaciales para poner en discusión el lugar de América Latina.

En este escenario de quiebre de la hegemonía estadounidense y desarrollo de lo que definimos como GMH, ¿América Latina está en “disputa”? ¿Los actores centrales de dicha disputa serían los Estados Unidos y China?

Sin dejar de observar de que dicha formulación tiene elementos en los que apoyarse, aquí se entiende que resulta un tanto imprecisa y se ajusta a la narrativa de *Nueva Guerra Fría* del Occidente geopolítico, por la cual se intenta representar un mundo bipolar, organizado políticamente bajo la antinomia ‘democracias vs dictaduras’ o también ‘democracias’ *versus* ‘autocracias’. Esta narrativa busca obligar a alineamientos, a optar entre dos supuestos bloques y a legitimar presiones políticas y estratégicas, como también distintos tipos de intervenciones y acciones de guerra híbrida. Obviamente, también es un elemento clave de los aspectos informativos y cognitivos del conflicto. Dicha narrativa deja a la región en una situación pasiva, sin ningún tipo de estrategia propia y sin posibilidad de desarrollar una estrategia, como si debiera debatirse entre dos alineamientos, en los cuales juega el rol de ‘patio trasero’. Es decir, la región no tendría la posibilidad de insertarse como polo emergente, con autonomía relativa, en un escenario multipolar. Ello desconoce, además, la propia realidad de los países latinoamericanos, atravesados por la lucha de proyectos políticos estratégicos que, de acuerdo a la coyuntura política, buscan distintos equilibrios, participan de distintas iniciativas e intentan aprovechar las distintas opciones que se presentan (a pesar de las tensiones internas y muchas veces la falta de estrategias claras). En todo caso, la disputa en América Latina es entre proyectos políticos-estratégicos que plantean diferentes formas de articulación e ‘inserción’ política y económica regional y mundial.

Nuestra América se encuentra en una especie de trilema, que aparece entrecruzado y coexistiendo: 1) avanzar en una mayor periferización regional, atada y subordinada al polo de poder angloestadounidense en declive; 2) Ir hacia una especie de neodependencia económica con China y otros emergentes, establecida de hecho por las obvias asimetrías económicas y el sostenimiento del proyecto

neoliberal primario exportador, combinada con una subordinación estratégica al *establishment* occidental (con sus distintas fracciones en pugna). Esto podría otorgar alguna viabilidad a los proyectos de factorías primario-exportadoras de los viejos grupos dominantes ligándose al centro emergente en lo económico, que posibilita el crecimiento exportador, pero manteniéndose subordinados al Occidente geopolítico y como periferia del sistema mundial. 3) Aprovechar el escenario de crisis mundial y multipolaridad relativa, así como el ascenso de China y las oportunidades que esto ofrece (incluso porque no presenta un patrón imperialista de desarrollo y necesita del ascenso del Sur Global), para construir un proyecto nacional-regional de desarrollo y establecer un polo emergente.

Reflexiones finales

Si analizamos los focos de la GMH, se observa que los problemas para el polo de poder angloestadounidense se parecen un poco a los de los Habsburgo en el siglo XVII, con su extendido imperio. Los Habsburgo tenían muchos recursos y poder, pero eso no alcanzaba (Kennedy, 2004), especialmente por tres razones:

1. debido a que la revolución militar que se estaba produciendo generaba un masivo aumento de la escala, los costos y la organización de la guerra;
2. 2) porque tenían demasiados enemigos a los que combatir y demasiados frentes que defender;
3. 3) debido a sus problemas productivos (como desindustrialización actual) y la dificultad para movilizar recursos, lo que se combina con la creciente resistencia de la población a financiar guerras en lugares distantes.

El trasfondo fundamental de estas tres razones era que entonces, como en la actualidad, se estaba produciendo un cambio estructural de las correlaciones de fuerzas materiales y políticas.

Nos encontramos en un escenario de transformaciones revolucionarias del sistema mundial, deviniendo hacia un mundo post-occidental, en donde aumentan las presiones por democratizar la riqueza y el poder a medida que se “insubordinan” las periferias y semi-periferias del sistema. Una contradicción central a resolver a nivel nacional y en la ecúmene latinoamericana, que determinará el destino de los pueblos de Nuestra América en la próxima década, es la que existe entre quedar subordinados como “patio trasero” de un polo en declive o bien construir un polo emergente con suficiente fuerza y autonomía relativa para participar con voz propia en el orden mundial en ciernes –lo cual encierra un conjunto de escenario intermedios–. Dicha contradicción implica la inevitable agudización del capítulo regional de la GMH.

Referencias bibliográficas

- Alterman, J. B. (2024). “China and the Middle East”. Center for Strategic and International Studies. Disponible en: <https://www.csis.org/analysis/china-and-middle-east>
- Borrell, J. (2024). “Munich Security Conference: the four tasks on the EU’s geopolitical agenda”, February 25, 2024. Disponible en: https://www.eeas.europa.eu/eeas/munich-security-conference-four-tasks-eu%E2%80%99s-geopolitical-agenda_en
- Clapper, J. (16 de febrero 2011). Statement for the Record on the Worldwide Threat Assessment of the U.S. Intelligence. Estados Unidos: Senate Select Committee on Intelligence.
- Cohen, S. (1982). “A new map of global geopolitical equilibrium: a developmental approach”, *Political Geography Quarterly*, Vol. 1, No. 3, July 1982, 223-241.
- Cox, R. (2014 [1981]). *Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales*. Relaciones Internacionales, N° 24, Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) – UAM. <https://revistas.uam.es/index.php/relacionesinternacionales/article/view/5195>
- Daalder, I. and Goldgeier, J. (2006). *Global NATO*. Foreign Affairs, Vol. 85, No. 5 (Sep. - Oct., 2006), pp. 105-113.
- DefOnline (30 de mayo 2024). “Escala la tensión con la isla, tras la asunción del nuevo presidente Lai Ching-te”. Disponible en: <https://defonline.com.ar/internacionales/asumio-el-nuevo-presidente-de-taiwan-con-un-discurso-que-escala-la-tension-con-china/>
- Fiori, J. L. (2018). “Epílogo - Ética cultural e guerra infinita,” in *Sobre a Guerra*, ed J. L. Fiori (Petrópolis: Vozes), 397–404.
- Gilpin, R. (1988). The Theory of Hegemonic War. *Journal of Interdisciplinary History*, num 4, pp. 591-613.
- Katz, C. (2023). *Multiplicidades de China en América Latina. Rebelión*. Recuperado de <https://rebelion.org/multiplicidades-de-china-en-america-latina/> [Julio de 2024].
- Kennedy, P. (2004). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Debolsillo.
- Kissinger, H., Schmidt, E., Huttenlocher, D. (2021). *The Age of A.I. and Our Human Future*. London: John Murray.
- Kynge, J. and Fray, K. (2024). El plan de China para reordenar el comercio mundial a su manera. *Financial Times*. Disponible en: <https://www.cronista.com/financial-times/el-plan-de-china-para-reordenar-el-comercio-mundial-a-su-manera/>
- Lejtman, R. (2023). El Gobierno congelará los proyectos geopolíticos de China en Argentina tras el cónclave de Alberto Fernández con Joseph Biden. *Infobae*. Disponible en: <https://www.infobae.com/politica/2023/04/02/el-gobierno-congela-los-proyectos-geopoliticos-de-china-en-argentina-tras-el-conclave-alberto-fernandez-con-joseph-biden/>
- Liang, Q. and Xiangsui, W. (1999). *Unrestricted Warfare*. Beijing. PLA Literature and Arts Publishing House.
- Luo, L. (2024). ‘Asian New NATO’ Escalates Bloc Confrontation”, 30 de Abril,

- 2024, *National Institute for South China Sea Studies*. Disponible en: <https://www.chinausfocus.com/peace-security/asian-new-nato-escalates-bloc-confrontation>
- Mackinder, H. (1904). The Geographical Pivot of History. *The Geographical Journal*. Vol. 23, Num. 4: 421-437.
- Merino, G. (2019). Guerra comercial y América Latina. *Revista de relaciones internacionales de la UNAM*. (134): 67-98. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.10054/pr.10054.pdf
- Merino, G. (2022). La guerra en Ucrania, un conflicto mundial. *Revista Estado y Políticas Públicas*. (19): 113-140. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.15053/pr.15053.pdf
- Merino, G. (2023). Hybrid World War and the United States – China rivalry. *Frontiers in Political Science*. Vol. 4: 111-422.
- Merino, G. (2024). Del G7 a los BRICS+: la transición del sistema mundial y el escenario geopolítico. *Reoriente*. Vol. 3, Núm. 2.
- Merino, G., Bilmes, J. y Barrenengoa, A. (2023). Economía en el (des)orden mundial: ascenso de China, estancamiento del Norte Global y nuevo paradigma tecno-económico en disputa. *Cuadernos*. (5). Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.16090/pr.16090.pdf
- Miller, Ch. (2022). *Chip War: The Fight for the World's Most Critical Technology*. New York: Scribner.
- Morgenfeld, L. (2023). *Nuestra América frente a la doctrina Monroe. 200 años de disputas*. Batalla de Ideas - CLACSO: Buenos Aires.
- Nye, J. (2015). The Future of Force. *Project Syndicate*. Disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/modern-warfare-defense-planning-by-joseph-s-nye-2015-02>
- OTAN (29 de junio 2022). *Madrid Summit Declaration*. Disponible en: https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_196951.htm
- Reuters (21-02-2024). *Exclusive: US targets China's top chipmaking plant after Huawei Mate 60 Pro*. Disponible en: <https://www.reuters.com/technology/us-targets-chinas-top-chipmaking-plant-after-huawei-mate-60-pro-sources-say-2024-02-21/>
- Romano, S. and Tirado, A. (2018). Lawfare y guerra híbrida: la disputa geopolítica en América Latina. *CELAG*. Disponible en: <https://www.celag.org/lawfare-guerra-hibrida-disputa-geopolitica-america-latina/>
- Salgado, B. (2020). Guerra Híbrida na América do Sul: uma definição das ações políticas veladas. *Sul Global*. 1, 139-168. Disponible en: <https://revistas.ufrj.br/index.php/sg/article/view/31949>
- Schoen, D. and Kaylan, M. (2014). *The Russia-China Axis: The New Cold War and America's Crisis of Leadership*. New York: Encounter Books.
- Tokatlian, J. G. (2024). La preponderancia militar de Estados Unidos en América Latina. *Cenital*. 31 de marzo. Disponible en: <https://cenital.com/la-preponderancia-militar-de-estados-unidos-en-america-latina/>
- Xinhua (26 de mayo de 2024). China-Japan-ROK summit expected to refocus on cooperation after four-year hiatus. *China Daily*.
- Yang, P. (2023). La crisis ucraniana y la construcción de un nuevo sistema internacional. *Wenhua Zongheng*. Vol. 1, Núm. 1.